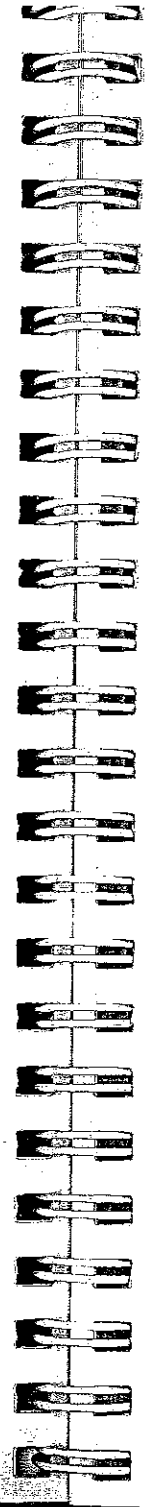

JEAN-CLAUDE BRISVILLE

ENCUENTRO ENTRE DESCARTES Y EL JOVEN PASCAL

LA ANTECÁMARA

traducción
Máximo Higuera Molero

TRIFALDI
2008

© Jean-Claude Brisville

© *L'Entretien de M. Descartes avec M. Pascal le jeune,*
Actes Sud, 1986.

© *L'Antichambre,* Actes Sud, 1991.

© De esta edición 2008:
Trifaldi-Producciones Multimedia S.L.
edtrifaldi@auna.com

© Traducción
Máximo Higuera Molero, 2008.

© Diseño de Cubierta
Francisco Higuera, sobre el retrato de
Julie-Jeanne-Eleonore de Lespinasse.

1ª edición 2008

ISBN: 978-84-934401-7-6
Depósito Legal: SE-1231-2008 U.E.
Printed by Publidisa

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright,* bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo.

ENCUENTRO ENTRE DESCARTES Y EL JOVEN PASCAL

ENCUENTRO ENTRE DESCARTES Y EL JOVEN PASCAL

PERSONAJES
Pascal, 24 años
Descartes, 51 años.

El 24 de Septiembre de 1647 hacia el final de la tarde. En Paris, cerca de la plaza Royal, una celda en el convento de los Mínimos. Mobiliario sencillo. Una puerta a la derecha de la escena. Está abierta. Al levantarse el telón, Descartes está solo, de pie, al lado de la ventana y mira hacia el exterior. Después, se dirige a la mesa y coloca junto a ella dos sillas. Entra Pascal que se detiene al ver a Descartes, al tiempo que lo saluda.

PASCAL. Señor, me concede un gran honor. Ser recibido por usted, que siempre está de paso, es todo un privilegio. Lo valoro sinceramente.

DESCARTES. En absoluto. Si usted no hubiera solicitado verme, yo mismo hubiera provocado este encuentro. Una fama tan precoz excita naturalmente la curiosi-

dad..., y disculpa la mía. Pase y tome asiento. Creo que tenemos cosas que decirnos.

PASCAL. Multitud de cosas, en efecto. (*Descartes hace un gesto invitándole a sentarse. Pascal lo saluda de nuevo y obedece. Descartes se sienta también. Un silencio. Se observan un instante).* ¿Puedo permitirme en primer lugar una pregunta? *(Descartes asiente con la cabeza)* ¿Por qué le vemos tan poco por París?

DESCARTES. Precisamente por eso, señor, porque me importunan con asiduas visitas. Naturalmente, no lo digo por usted: nosotros tenemos de qué hablar. Pero la mayor parte de las gentes sólo se interesan en mi apariencia, y tengo la impresión de ser un animal exótico que atrae la curiosidad del público por lo que tiene de extraño. A pesar de su sabiduría, o quizá a causa de ella, un filósofo soporta mal que se prefieran los rasgos de su rostro al fondo de su pensamiento. *(Un tiempo)* Sin duda, cosas de París.

PASCAL. Eso puede evitarse alejándose unas leguas de aquí.

DESCARTES. Comprendo, pero por muy completa que sea una casa de campo, siempre carece de las comodidades que sólo se hallan en las ciudades; incluso la tan ansiada soledad tampoco suele ser perfecta.

PASCAL. ¿La ha encontrado usted en Ámsterdam?

DESCARTES. Sí.., durante algún tiempo. Exceptuándome a mí, no he podido ver en esta gran ciudad a ningún hombre que no se dedicara al mercadeo, y cada cual está tan atento a su propio beneficio, que hubiera podido permanecer allí toda mi vida sin ser conocido por nadie.

PASCAL. Jamás hubiera imaginado que la gloria fuera para usted una carga tan pesada.

DESCARTES. Por favor, señor, olvídese de mi gloria. La conversación con las personas que estimo es el mayor bien de mi vida, y me defraudaría que nuestra charla se viera perturbada por la elevada idea que tiene de mí. Afortunadamente mi reputación no está tan extendida, y para hablarle sin rodeos, la temo más que la deseo.

PASCAL. ¿Jamás le pareció envidiable?

DESCARTES. A la edad que usted tiene, tal vez; en ese momento en que mi pensamiento deseaba el reconocimiento.

PASCAL. ¿Deseaba?

DESCARTES. En la actualidad mi razón me dispensa de tener razón.

PASCAL. Admirable disposición. Sin duda es consecuencia de un espíritu tan grande que se basta a sí mismo. Desgraciadamente yo no tengo esa facultad, y sigo pensando que un hombre que halla la verdad debe comunicarla a sus contemporáneos. Perdóneme la ingenuidad.

DESCARTES. Simpatizo con ella.

PASCAL. ¿Así que no haría usted nada por convencer a un interlocutor de buena fe?

DESCARTES. Dejo ese cometido para mis trabajos que están en casa del librero, y me guardo mi libertad. No hay nada por lo que me desvele. *(Un tiempo)* ¡Ser libre de no hacer nada! ¡Ah, señor, el ocio… qué felicidad!

PASCAL. ¿El ocio?

DESCARTES. Lo que más me gusta es no hacer nada, al menos aparentemente. Porque el ocio —usted lo descubrirá probablemente con los años—, es el taller subterráneo donde trabaja el pensamiento sin que nos demos cuenta. Que se perturbe mi retiro es algo que no puedo soportar.

PASCAL. He aquí alguien que valora mi llegada.

DESCARTES. *(Sonriendo)* Teníamos cosas que decirnos. Me han hablado de sus experiencias en Rouen. También yo he reflexionado sobre el Vacío, y estaría muy interesado en lo que piensa usted sobre su naturaleza.

PASCAL. Sobre ese tema he escrito un tratado que está en estos momentos en la imprenta, y que responderá, así lo espero, a su curiosidad. Si me lo permite se lo haré llegar tan pronto como salga de las prensas.

DESCARTES. Lo leeré gustoso, pero no en París. La reina Cristina ha tenido a bien pensar en mí, y a pesar de los inviernos del norte, que temo a mi edad, he aceptado su invitación. Así pues, le ruego que me envíe su obra a Estocolmo. Apuesto que ha de ser el tema de alguno de mis debates con esta princesa. Tiene gran sabiduría y no desdeña ni siquiera las disputas más triviales.

PASCAL. Le he enviado mi máquina aritmética; quizá no la haya olvidado.

DESCARTES. La princesa tiene buena memoria, me lo han dicho.

Un tiempo.

PASCAL. Otra vez, señor, dispuesto a salir de viaje.

DESCARTES. Nada me retiene en Francia. Para serle

franco, en cualquier parte de Europa me encuentro un poco como en casa, pero como verdaderamente en casa, en ningún sitio. No importa.

PASCAL. Sin embargo, me atrevo a sorprenderme de que un espíritu libre y grande como el suyo se adapte a las coacciones que nos impone la corte.

DESCARTES. No estoy muy seguro de que el mío se adapte, pero el experimento tiene su interés. ¿Cree usted que la corte será capaz de mostrarle a mi espíritu que es menos libre y grande de lo que creía?

PASCAL.- Señor, me contesta con una *boutade*.

DESCARTES ¿Está prohibido reírse?

PASCAL. Ciertamente, no. También me sorprende que un hombre como usted no haya encontrado aún su lugar; que haya pasado su vida en el exilio y que nada haya conseguido retenerle en su propio país.

DESCARTES. Es cierto que he tenido gran cuidado en no asentarme. Desde hace treinta años creo haber pasado tan sólo cinco en Francia. Pero no fue por casualidad. Mi pensamiento ansiaba viajar, y si yo no le hubiera acompañado, difícilmente hubiéramos podido permanecer estrechamente unidos.

PASCAL. ¿Le pedía movimiento?

DESCARTES. Quería que yo escapara de los vínculos habituales. La soledad, el silencio y mi invisibilidad le parecían preferibles. Le he obedecido.

PASCAL. ¿La invisibilidad?

DESCARTES. Digamos que la máscara. Yo camino oculto por ella desde que abandoné la escuela. Es preciso utilizar la astucia entre las gentes, si quieres pasar desapercibido.

PASCAL. Se diría que para usted pensar es el resorte que mueve cualquier vida.

DESCARTES. Gustoso se lo admitiría; me deleito estudiando las operaciones de mi espíritu y concentrándome en mi atención. Lo que encuentro es probablemente menos importante que el acto en sí de su descubrimiento. Existe una cierta embriaguez en observar ese mecanismo, y en dominarlo. No crea en absoluto que paso mi vida ante la mesa de escribir. Soy muy perezoso, ya se lo he dicho, y me quedo en la cama diez horas de las veinticuatro. Incluso cuando he dormido bien, me cuesta trabajo levantarme. No en vano mi *Método* lo descubrí durante los ratos de ocio pasados en la calidez de mi gabinete, ante la estufa. Cada uno con su método. ¿Y usted, duerme bien?

PASCAL. Muy poco, y mal.

DESCARTES. Debería dar un paseo antes de meterse en la cama. Eso relaja los sentidos.

PASCAL. Gracias por su consejo. Lo valoro más, si cabe, porque no lo esperaba de nuestra conversación.

DESCARTES. Ya entiendo..., esperaba algo más.

PASCAL. Desde luego no habría venido para oír lo que hubiera podido decirme mi niñera.

DESCARTES. Probablemente ella es más sabia que yo en muchas cosas. En fin, puesto que estamos entre personas que piensan, no nos detengamos en cuestiones de salud. Veamos.. Ah, sí, ¿hablábamos del Vacío? Estoy impaciente sobre el tema de su opúsculo, y si pudiera darme en pocas palabras una idea de sus conclusiones...

PASCAL. Ya no me interesan.

DESCARTES ¿De veras?

PASCAL. Ya he dado mucho de mí mismo a la ciencia. Desde el momento en que hallé algo infinitamente más importante que su objeto, no quiero distraerme. Ya no tengo tiempo.

DESCARTES. ¿A su edad?

PASCAL. Morimos cuando Dios lo quiere. Mi salud no es buena. Puede ser que Dios me esté advirtiendo a través de ella. Y además, sea cual sea el curso de mis días, no dispondré de años suficientes para cuidar de mi salud. A partir de ahora requiere de todo mi tiempo.

DESCARTES. ¿Renunciaría a sus investigaciones?

PASCAL. Sólo pueden conducirme a la decepción.

DESCARTES. ¿Cómo lo sabe?

PASCAL. Puesto que a fin de cuentas nada se sabe, y porque mi alma está sedienta de certezas que sólo la fuente suprema puede satisfacer.

DESCARTES. Comprendo.., pero la ciencia..

PASCAL. Nada nos dice de Dios.

DESCARTES. Al menos puede ayudarnos a conocer su obra.

PASCAL ¿A conocer? Al fin, señor, lo que nos enseña es insignificante. Incluso diría que incrementa nuestra ignorancia intentando disiparla. Además de esto, que ya es bastante peligroso, la ciencia nos inclina al orgullo

prometiéndonos llegar hasta el final mientras que ese final se aleja de nosotros a cada paso que damos en su dirección. Estoy persuadido de que todo esto no es más que una ilusión: nuestra inteligencia se extravía por caminos equivocados. Por mi parte, regreso al centro donde está la verdad. Su luz.

DESCARTES. *(soñador)* Al Centro...

PASCAL. Sí, a mi única certeza.

DESCARTES. Quien le oyera diría que lo la monopolizado. Yo creo tanto como usted en Dios, pero no amenazo con él a nadie.

PASCAL. ¿He amenazado yo a alguien?

DESCARTES. Había en su tono de voz tal seguridad... Yo desconfío siempre de una fe que se expresa en ese tono.

PASCAL. *(levantándose bruscamente)* ¡Señor!

DESCARTES. No pongo la suya en duda. Vamos, sosiegue su espíritu, y si le he ofendido le pido perdón. *(Un tiempo)* Es que vengo de un país donde se habla de Dios apaciblemente.

PASCAL. ¿Cómo se puede hablar de él apaciblemente?

DESCARTES. *(sonriendo)* En Ámsterdam...

PASCAL. *(sonriendo también)* Sí, tiene razón: en Ámsterdam.

DESCARTES. Es una gran ciudad.

PASCAL. Sí, para pasear.

DESCARTES. Y para pensar.., para pensar, pasando desapercibido.

PASCAL. Para mí, incluso sólo en mi habitación, con la única compañía de mí mismo, estoy siempre bajo la mirada de Dios. *(Un tiempo)* Cuando dejo de sentirlo en mí..., *(Un tiempo)* tengo la impresión de caer. Un abismo se abre a mi izquierda. Muchas veces tengo que poner allí una silla para resistir su llamada.

DESCARTES. Una persona singular.

PASCAL. *(bajo)* El vértigo. *(Un tiempo)*. Apostaría a que es una debilidad desconocida para su espíritu.

DESCARTES. No hay nada que hacer. Digamos que Dios, en su infinita bondad, me ha preservado de esa perturbación. Pero hace un momento me hablaba de cierto encuentro..

PASCAL. Sí. He conocido recientemente a dos jóvenes a los que un sacerdote, un amigo del abad de Saint-Cyran, había llevado a la fe. Su conversación me condujo a darme a Dios a través de una nueva vía.

DESCARTES. ¿Una nueva vía?

PASCAL. La que han adoptado los señores de Port-Royal. Son gente muy honesta, aunque no bien vista por el poder. Ya sabe que el abad de Saint-Cyran, a pesar de no haber cometido ni con sus palabras, ni con sus actos falta alguna, pasó cinco años en prisión, de donde sólo salió para morir, y que es muy peligroso manifestarse amigo suyo.

DESCARTES. ¿Por qué?

PASCAL. Porque fue odiado por los jesuitas y éstos gozan de un gran poder en el reino. Han convencido a la opinión pública... usted sabe el arte que tienen para esto.

DESCARTES. Su alumno he sido en La Flèche.

PASCAL. No lo sabía.

DESCARTES. ¿Decía usted?

PASCAL. Que la Sorbona y los diputados del clero desconfían mucho del recuerdo de Saint-Cyran. Fue amigo del obispo Jansenio y se había adherido a su concepción de la gracia, mientras que ésta en nada podía complacer a los jesuitas.

DESCARTES. Le confesaré que estoy muy alejado de este tipo de querellas.

PASCAL. Es verdad que... viéndolo desde Ámsterdam..

(Un tiempo)

DESCARTES. Perdone que vuelva a nuestra conversación. ¿No me había dicho —repréndame si me equivoco— que "A fin de cuentas nada se sabe, que no hay certeza alguna"? Sin embargo me parece que se sabe que tres y dos son cinco.

PASCAL. ¿A dónde quiere llegar?

DESCARTES ¿Tres y dos son cinco?

PASCAL. Quién puede decirlo...

DESCARTES. Concluiré que las matemáticas son fuente de certeza para todos los que saben contar .

PASCAL. Veo, señor, que no estamos aún preparados

para entendernos. Es cierto —desde una cierta verdad— que tres y dos son cinco. ¿Pero qué puedo hacer yo con esa verdad? Aunque haya recorrido todo lo que los hombres pueden saber, llegaré a la ignorancia de la que partí al nacer. Ignorancia que se conoce, cierto,.. ignorancia sabia, pero ignorancia al fin, de la que no puedo estar satisfecho.

DESCARTES. ¿Y es usted el que habla de ignorancia?

PASCAL. Todo lo que he aprendido me la revela.

DESCARTES. No se puede hablar así cuando se ha dado un impulso a las ciencias, como usted ha hecho, a una edad en la que todavía se juega a la pelota, y verle ahora cómo renuncia a un don que ya ejercitaba con tanta maestría.

PASCAL. Sólo intentaba huir del tedio, la inquietud y la melancolía. Ése no era el mejor camino.

DESCARTES. ¿El tedio, la inquietud, la melancolía?

PASCAL. ¿Es que usted no los ha conocido?

DESCARTES. No siempre estuve libre de tales padecimientos.

PASCAL. Entonces, sabrá de lo que hablo.

DESCARTES. Sí. Le comprendo cuando habla usted de tedio, pero no consigo seguirle cuando acusa de él a las ciencias.

PASCAL. ¿Qué es lo que le han enseñado?

DESCARTES. ¡Muchas cosas!

PASCAL. Sí; que el universo no tiene límites y que el hombre hoy ya no sabe en qué orden situarse. Miro a todas partes, y no hallo más que oscuridad. Sólo sabemos que caímos de nuestro lugar y que sin éxito lo buscamos entre las tinieblas.

DESCARTES. Es verdad que nuestra ciencia aún es frágil, y que cuando miramos al cielo....

PASCAL. Su silencio eterno me espanta.

DESCARTES. *(sorprendido)* ¡Le espanta!

PASCAL. Sí, señor, me asusta, y me apiadaría de aquel que no tuviera miedo, porque desconocería nuestro verdadero lugar. *(Un tiempo)* Dios es nuestra estancia. Nuestra única felicidad es vivir en él, y nuestro único mal estar de él separados. Nos lo dice la religión, no la ciencia.

DESCARTES. La ciencia no nos dice lo contrario.

PASCAL. Hace que perdamos de vista nuestra debilidad, en la que radica nuestra grandeza.

DESCARTES. Vamos, señor, ¿qué está diciendo..? Si es que tenemos una grandeza, para mí se encuentra en el ejercicio soberano del pensamiento. Sí, ahí, y en ningún otro sitio más que ahí.

PASCAL. ¿Cómo es posible que un pensamiento que no puede captar su propio sujeto no confiese su debilidad? ¿O es que pretende usted dominar el infinito, la eternidad? Eso sería pecado de orgullo.

DESCARTES. No creo que sea pecar el intentar llegar más lejos en las matemáticas, que me hacen presentir una representación del universo. *(Un tiempo)* Quizá el sistema del mundo es un sistema numérico. ¿Para usted pensarlo así sería escandaloso?

PASCAL. ¿Tiene la ambición de ser el constructor de un universo entero sometido a la geometría?

DESCARTES. Puesto que hay una mecánica ahí arriba, me gustaría entrenarme calculándola.

PASCAL. Si alguien puede hacerlo, ese es usted, señor; pero no la eternidad: el infinito no entra en los números. Entonces se tiembla, y no se para de temblar.

DESCARTES. El temblor perpetuo no forma parte de mi naturaleza. Es verdad que en ocasiones lo he experimentado, pero su solución estaba en mi espíritu.

PASCAL. ¿Una solución al miedo?

DESCARTES. Sí.

PASCAL. ¿En su espíritu?

DESCARTES. En el imperio que ha sabido instalarse en él. Y le pido por favor que no vuelva a tacharme de orgulloso. Ya se lo dije: estudiar las operaciones de mi pensamiento, verlo de alguna manera en marcha, supone para mí el más alto de los placeres. Más aún, supone un remedio. Un remedio contra la inquietud y una puerta hacia la paz soberana.

PASCAL. ¡Conseguir la paz a través de los números..! ¿Un cristiano puede sostener tal suerte de raciocinio? ¿Pues no ve que le obliga a olvidar a Dios?

DESCARTES. Jamás puse en duda que había puesto el mundo en movimiento.

PASCAL. Sí, de un empellón; y después ya no tiene usted nada que ver con él.

DESCARTES. *(sonriendo)* De tener el poder suficiente, sería usted capaz de quemarme.

(Un tiempo)

PASCAL. No, señor. No me corresponde a mí juzgarle, y menos aún mandarle a la hoguera, porque yo también he conocido en otro tiempo ese orgullo del espíritu que tanto trabajo me ha costado superar. Sólo me permitiré decirle que un verdadero cristiano únicamente puede hallar la paz en Jesucristo, una paz que sólo se consigue a través de su gracia. Lejos de esa gracia, sólo encuentro distracción culpable y orgullo de la inteligencia.

DESCARTES. Creo que dramatiza. Se puede asegurar la salvación sin que sufran las ciencias. Y ser un buen cristiano sin dejar de interesarse por la geometría.

PASCAL. Le pide demasiado.

DESCARTES. Es que me da mucho.

PASCAL. Sin duda soy más exigente que usted, porque ese mucho a mí me parece poco.

DESCARTES. *(suavemente)* Es usted intratable.

PASCAL. Intento acomodar mi vida mortal a la inmortalidad de mi alma. Tendría que haber perdido todo sentimiento para ser indiferente en este punto. Sí, se lo confieso: me subleva la indiferencia en este asunto en el que se trata de mi eternidad.

DESCARTES. Creo que no vemos a Dios con los mismos ojos.

PASCAL. Presiento que usted lo deduce en lugar de verlo. Para usted es como un principio, y en mí es como un ardor. Usted lo piensa, yo lo siento. Ésa es la diferencia.

DESCARTES. ¡Y Bien!

PASCAL. Mucho le hablo de Dios y poco de Jesucristo. Porque sólo conocemos a Dios a través de su hijo, y también a través de él nos conocemos a nosotros mismos. Jesucristo es un Dios al que nos acercamos sin orgullo y al que nos sometemos sin desesperación. Él ha mostrado a los hombres que eran pecadores e infelices.., que debía liberarlos, iluminarlos, curarlos; y que esto sólo podría hacerse si odiábamos nuestro yo.

DESCARTES. ¿No dijo, sin embargo, que había que amar al prójimo como a sí mismo?

PASCAL. Sí lo dijo.

DESCARTES. Entonces si hemos de odiarnos...En fin, dejemos eso; podríamos estar discutiendo hasta el fin del mundo.

PASCAL. Jesús estará agonizando hasta el fin del mundo, y yo me niego a dormir mientras él muere.

DESCARTES. ¿Está aludiendo a mis diez horas diarias de sueño?

PASCAL. No estoy bromeando, señor.

DESCARTES. Yo tampoco. Sólo respondo a esta especie de furor contenido a duras penas, que sospecho en sus propósitos. Sí; como si yo tuviera que convertirme. Aunque haya vivido tanto tiempo en un país protestante, soy de la misma religión que usted. ¿Necesito decírselo? *(Un tiempo)* No me entusiasma la querella, y le noto a usted siempre al borde de entablarla. No me culpe por amenizar en la medida que puedo la conversación. Esto no es propio de un impío, sino de un hombre.

PASCAL. Un hombre por el que siento un profundo respeto.

DESCARTES. Intentaré consolarme.

(Un Tiempo)

PASCAL. Perdóneme. No había venido con la intención de pelearme con usted. Sea cual sea su talento, un hombre de mi edad todavía tiene mucho que aprender, y es usted probablemente el único del que puedo esperar alguna luz. Lo que ocurre es que tengo cierta propensión a exaltarme, lo reconozco. Le pido disculpas. Pero es

que la razón supone tal apoyo para usted, confía tanto en ella, que estoy tentado, por el contrario, de ver su parte negativa. A decir verdad, ya no confío en la razón.

DESCARTES. Quizá le sorprenda si le digo que la autoridad de la razón se me apareció en sueños, cierta noche de Noviembre de 1619. Me encontraba en Alemania llamado a causa de las guerras, y cuando volvía de la coronación del emperador hacia la armada, el comienzo del invierno me sorprendió en un lugar donde permanecí todo el día, encerrado en el cuarto de la estufa. Así que la noche del 10 al 11 de Noviembre, tuve tres sueños. *(Un tiempo)* No tema: no se los voy a contar. El relato de los sueños del prójimo supone siempre un mortal aburrimiento. Sin embargo, le diré que les debo a tales sueños el germen de mi *Método,* y sin duda mucho más.

PASCAL. ¿Y cómo lo interpreta?

DESCARTES.- No sé qué extraña luz en la que vi por un instante el medio de disipar las más espesas tinieblas. Así que, como usted ve, si presto atención a la razón es a través de la mediación de un sueño. Muchas veces durmiendo se avanza más en el progreso del espíritu.

PASCAL. Y esos tres sueños, si se puede preguntar, ¿cree usted que proceden de Dios?

DESCARTES. Ya que mi voluntad dormía, sólo de él pueden venir.

PASCAL *(Lentamente)*. ¿Y no le ha parecido jamás que la razón que descubre su seguridad en el sueño, se arriesga a perder su crédito?

DESCARTES. Por el contrario, me ha parecido que era precisamente allí donde encontraba una mayor autoridad.

PASCAL. Admiro vuestra devoción por ella, pero a mí la razón jamás me hizo olvidar el fin último de mi vida. Aunque me haga el valiente, sé que de aquí a pocos años estarán arrojando algunas paletadas de tierra sobre mi cabeza, y todo lo que pongo delante de mí para impedir ver el precipicio no impide que corra hacia él. ¿Qué puede la razón contra esto?

DESCARTES. Nada.

PASCAL. Todos nuestros placeres no son sino vanidad. Sé que no hay aquí satisfacción verdadera y que sólo soy una sombra amarrada durante un breve instante a un ínfimo lugar del universo. Todo lo que sé es que pronto habré de morir, y lo que más ignoro es la propia muerte, que no sabré evitar.

DESCARTES. Se lo admito.

PASCAL. Y sin embargo la geometría sigue teniendo para usted gran importancia.

DESCARTES. Ciertamente.

(Un tiempo)

PASCAL. No le entiendo.

DESCARTES. El hecho de saber que vamos a morir, ¿debe impedirnos vivir y pensar? Yo confío más en Dios que usted. Si mi alma le pertenece, el uso que hago de mi mente depende de mi voluntad. *Seré,* en la medida en que piense. En cuanto a lo demás...

PASCAL. ¿Es así como se puede definir la eternidad? Para mí lo demás es el todo.

DESCARTES. Un todo del que jamás tendremos aquí abajo conocimiento, y eso es lo que le asusta, y lo que no acepta. Usted intenta alcanzar lo inalcanzable.

PASCAL. Sólo trato de sondear el abismo, y de sufrir su atracción.

DESCARTES. Para mí, reflexionar sobre la muerte, el infinito y la eternidad, es un trabajo que sobrepasa mi inteligencia. No quisiera abusar del poco tiempo de ocio que me queda empleándolo en escudriñar semejantes dificultades.

PASCAL. Todo lo confía a la inteligencia. Por supuesto ella nada puede hacer en estas cuestiones, y ocupa para mí en el orden de cosas comprensibles el mismo lugar que nuestro cuerpo en la inmensidad de la naturaleza. Tanto como decir el último.

DESCARTES. ¿En qué ocupar, pues, el pensamiento?

PASCAL. En un sentimiento que parece no haberle afectado.

DESCARTES. Nómbrelo.

PASCAL. La miseria humana.

DESCARTES. Me ha afectado tanto como a usted, pero de forma menos abstracta. A su edad, pocas veces se ha visto morir a las personas amadas. A la mía, la cosa cambia. *(Un tiempo)* Conocí a cierta mujer en Holanda, una sencilla sirvienta, que hizo vibrar mi corazón. La hija que tuve con ella, y que pusimos por nombre Francine, tenía tan sólo cinco años cuando enfermó de fiebre escarlatina. Murió el 7 de Septiembre de 1640. Jamás olvidaré esa fecha. Es el día en que sufrí el dolor más espantoso que jamás haya sentido.

(Un tiempo)

PASCAL.- *(Conmovido)* Señor…

DESCARTES. *(Bajo)* No soy de los que piensan que las lágrimas son cosa de mujeres.

(Un tiempo)

PASCAL. En otro tiempo vi llorar a un hombre, y no sé por qué hoy me viene a la memoria su recuerdo. Mi padre había sido comisionado por el Cardenal para reprimir una revuelta de campesinos que había estallado en Normandía. Se dirigió allí con las tropas del mariscal de Gassion. Las confiscaciones fueron duras. Yo tenía 17 años en aquella época, y creo que mi padre.., en fin, por su firmeza, era el hombre que requería tal situación. Aquel día yo lo había acompañado junto con los soldados a un pueblo. Un hombre al que habían despojado de sus bienes y sus útiles de trabajo se adelantó para abogar a favor de su causa. No pudo decir palabra. El llanto lo embargaba. *(Un tiempo)*. En aquel momento no me conmovió. Incluso creo que intentaba olvidar la escena. Es cierto que entonces me hallaba muy ocupado en la concepción de mi máquina aritmética. *(Un tiempo)* Creía que podría facilitar a mi padre el cálculo de los impuestos de cuya cobranza estaba encargado.

DESCARTES. Hay ciertas personas a las que no vemos.

PASCAL. ¿Ciertas personas?

DESCARTES. Todas las que no pertenecen a la sociedad que frecuentamos usted y yo.

(Un Tiempo)

PASCAL. Sí, tiene razón. Yo no vi a aquel infeliz. Lo recuerdo, pero no lo vi. Que Dios me perdone.

DESCARTES. No se puede estar atento a todo. Estaba usted muy ocupado en su invención. La mente sólo puede concentrarse en un solo tema.

PASCAL. Yo estaba ciego. Ah, señor, ¿dónde vamos sin la gracia, qué podemos ver sin ella? Pero sólo Dios la concede, y nosotros, pobres pecadores, nada podemos hacer sino solicitarla.

DESCARTES. ¿Dios ha decidido, pues, su salvación por anticipado?

PASCAL. Está absolutamente determinado por el decreto de la potencia divina. Así lo pienso. ¿Y usted?

DESCARTES. No pienso así en absoluto.

PASCAL. ¿No lo piensa así?

DESCARTES. No, señor. Yo creo que el cristiano, en algún lugar de su fe se descubre exaltado en su razón,

en su actividad terrena, y no como un juguete en manos de su creador. Dios me ha hecho libre.

PASCAL. Y sin embargo, hacemos el mal, somos arrastrados de forma irresistible hacia el pecado... Nuestra naturaleza está corrupta por el pecado de Adán. Sólo hacemos el bien con el permiso del Señor, permiso del que sólo algunos nos aprovechamos.

DESCARTES. (*escéptico)* Sí.

PASCAL. ¿No lo cree?

DESCARTES. Si le entiendo bien, no se entra fácilmente en el paraíso.

PASCAL. Es necesaria la gracia.

DESCARTES. Y Dios es muy ahorrativo.

PASCAL. ¿Está en nuestra mano el juzgarlo?

DESCARTES. De ninguna forma, señor, de ninguna forma.

(un tiempo)

PASCAL. ¿Conoce usted a Antoine Arnauld?

DESCARTES. No tengo tal honor, pero hizo ciertas observaciones sobre una de mis obras, y tengo en muy alta estima su inteligencia.

PASCAL. No es posible imaginar hombre más honesto.

DESCARTES. Seguramente.

PASCAL. Ni cristiano más fiel a sus deberes y a su fe.

DESCARTES. No tiene que convencerme: tengo en gran estima a Antoine Arnauld.

PASCAL. Pues bien, este hombre que cuenta con su estima, está amenazado en su honor y en su seguridad, y me atrevo a pedirle que me apoye en su defensa.

DESCARTES. ¡Pero cómo! ¿Amenazado, dice? ¿Por quién? ¿Qué quieren de él?

PASCAL. Los Jesuitas han tenido a bien emprenderla con su tratado *De la frecuente comunión*. Y su apología de Jansenio, obispo de Yprés, todavía ha excitado más su cólera. De tal forma que en este momento está a punto de ser excluido de la Facultad de Teología y censurado por la Sorbona. Me han asegurado, incluso, que su prisión ya ha sido decretada y que su detención es inminente. Sí, señor, este hombre justo, en prisión.

DESCARTES. Todo esto es lamentable.

PASCAL. Quizá aún haya tiempo de hacer algo. Quizá no sea demasiado tarde. ¿Me ayudaría usted a salvar a Antoine Arnauld?

DESCARTES. ¿Tiene algún plan en su favor?

PASCAL. He pensado que una carta.., una carta firmada con nuestros dos nombres (aunque el mío sea menos ilustre que el suyo), quizá influyera en la opinión de todas las personas implicadas en este asunto.

DESCARTES. ¿Una carta?

Pascal saca un papel de su bolsillo

PASCAL. Aquí tengo un borrador que me he permitido...

DESCARTES. Despacio, señor. Acabo de llegar a esta disputa que sólo conozco por usted. No es suficiente como para comprometer mi firma.

PASCAL. No hay tiempo de entrar en detalles. Si nos demoramos...Tenga confianza en mí.

DESCARTES. Y usted no me ponga la soga al cuello. Sé tan bien como usted que las *Escrituras* reco-

miendan socorrer, siempre que se pueda, al oprimido inocente; pero la inocencia en lo que se refiere a la teología no tiene una naturaleza demasiado clara, y por lo que a mí respecta, no sabría decidirme apresuradamente. Ya le he dicho que mis preocupaciones y mis viajes me han alejado mucho de este tipo de debates.

PASCAL. En éste se encuentran comprometidas la verdad y la justicia.., y la salvación de un buen cristiano.

DESCARTES. ¿No me ha explicado hace un momento que ésta dependía por completo de la gracia de Dios?

PASCAL. Hablaba de la salvación del alma, y lo sabe usted muy bien. Pero es la libertad y el honor de un hombre en esta vida lo que está en juego. Y a esto no podemos hacer oídos sordos.

DESCARTES. El señor Arnauld tiene mi consideración, pero puede estar equivocado, aun de buena fe. No puedo adherirme a él sin conocer el fondo de su pensamiento, y francamente, señor, ese fondo no tiene para mí demasiado interés. No suelo frecuentar a los teólogos.

PASCAL. ¿Está usted despreciando su estudio?

DESCARTES. Creo una inconsecuencia que acuda usted

a la razón cuando puede favorecer su tesis, y la rechace cuando puede ponerla en peligro.

Un tiempo.

PASCAL. *(bajo)* Intentamos comprender, y luego, cuando llegamos al misterio, renunciamos. *(Un tiempo)* Me parece que en ese sentido cada uno de nosotros es un teólogo sin saberlo. Pero no es ésa la cuestión. En su tratado *De la frecuente comunión,* que tantas dificultades le ha ocasionado, el señor Arnauld se refiere a la moral, y esto a todos nos concierne.

DESCARTES. No he leído *De la frecuente comunión.*

PASCAL. El tema es simple y lo ha tomado de las crónicas de la corte: ¿tenía derecho la señora De Sablé a ir al baile por la noche, habiendo recibido la comunión por la mañana?

Un tiempo.

DESCARTES. ¿Tanto ruido por eso?

PASCAL. La cuestión es que la señora De Sablé, que dudaba sobre qué decisión tomar, ha sido autorizada por su confesor para ir al baile. *(Un tiempo)* ¿Es necesario que se lo aclare? Su confesor es jesuita.

DESCARTES. Y el señor Arnauld, jansenista.

PASCAL. Sí, señor, jansenista. ¿Pero quién no lo sería en este caso?

DESCARTES. Y bien...

PASCAL. ¿Está usted apoyando, por casualidad, el punto de vista del confesor?

DESCARTES. No, no iría tan lejos; sólo le diré que si bien es mejor no ir al baile cuando se ha comulgado por la mañana, una prohibición absoluta, que cae como un cuchillo, puede parecer muy severa. *(Movimiento de impaciencia de Pascal)* Tal vez.. la señora De Sablé hubiera estado obligada por su marido, o por alguna situación, a no faltar a ese baile, aunque no hubiera sentido ningún deseo personal de ir. ¿Iba a escudarse pomposamente en la religión para evitar un deber mundano que probablemente no le proporcionaba ningún placer? Y aun cuando no hubiera visto con malos ojos esta obligación de su estado, ¿no podría ser que la santa comunión hubiera fortificado su virtud para ayudarle a encontrar en el baile la contención permitida a una mujer honesta? Quizá no sólo lo piense un jesuita.

PASCAL. Me dijo usted que fue alumno de ellos...

DESCARTES. Me enseñaron a no aferrarme a un solo punto de vista en todo lo que concierne a la vida.

PASCAL. ¿Y sobre lo que atañe a Dios?

DESCARTES. Dios está en nosotros. Cada uno le presta su rostro. Y desde que aceptamos la diferencia de nuestras facciones, estamos dispuestos a matarnos porque ni vemos ni oímos al mismo Dios.

PASCAL. ¡Señor! Están las *Escrituras*, que nos hablan a todos en la misma lengua.*(Un tiempo)*. No le entiendo.

Un tiempo.

DESCARTES. Quizá le hubiera hecho falta viajar.

PASCAL. ¿Viajar?

DESCARTES. Pienso en lo que me aconteció hace tiempo. Volvía por Hungría, Bohemia y el norte de Alemania, de un viaje por la Europa Oriental. Una noche, llegué a orillas del Elba, río que necesitaba cruzar para ir a Frisia occidental donde pensaba pasar algún tiempo. Había allí una barca y la alquilé, aunque el aspecto de los marineros no me ofreciera mucha confianza. Claramente me tomaron por un comerciante extranjero antes que por un caballero, y cuando estuvimos en medio del río les sorprendí reunidos en mi presencia. Ignoraban que yo conocía su lengua y en aquel momento se concertaban para asaltarme y repartirse mis pertenencias, una vez que me hubieran lanzado al agua. Cuando com-

prendí lo que ocurría, me alcé de repente, saqué mi espada y se la puse en la garganta al jefe, ordenándole en su lengua que me condujera a donde yo quería. Lo que hizo finalmente sin osar nada más contra mí.

PASCAL. Ya veo, señor, que tiene el brazo tan presto como la mente.

DESCARTES. Tan presto, que si ese miserable se hubiera movido le hubiera traspasado la garganta y le hubiera enviado al infierno. ¿Estaba en mi derecho ante Dios? Pero si hubiera vacilado, me hubiera matado él, y como nunca estamos seguros de estar en gracia, corría yo mismo un gran riesgo ante el cielo. Usted me dirá que debería haberme quedado tranquilamente en mi habitación en lugar de estar esa noche de Noviembre a orillas del Elba, y tendría razón. Pero el caso es que me embarqué.

PASCAL. ¿Qué pretende hacerme comprender?

DESCARTES. Pues que la teología no puede responder claramente a todo, que en determinados momentos la vida prevalece sobre la reflexión, y que hay que saber decidirse rápidamente sin apesadumbrarse demasiado sobre los propósitos que atribuimos a Dios. Hablo, tanto de la señora De Sablé como de mí. Ambos estábamos embarcados. Ir al baile o permanecer en su oratorio..., ensartar a mi futuro ladrón, o dejarme matar. Sobre esto pueden los teólogos debatir durante mucho tiempo.

PASCAL. Si me permite, volvamos al señor Arnauld. Ya sabe su vinculación con Port-Royal. Los religiosos que dirige han puesto toda su confianza en él, y si este inconveniente viniera a privarles de su consejo...

DESCARTES. No lo querrá Dios.

PASCAL. No lo querrá, si hacemos algo a favor del señor Arnauld.

Un tiempo.

DESCARTES. Voy a hablarle sin rodeos: como hombre, Arnauld tiene toda mi estima, ya se lo he dicho, pero comprometerme por él en este caso supone dar mi apoyo a un partido...

PASCAL. ¿Un partido?

DESCARTES. ¿Le parece excesivo el término? Pero si toda novedad en materia de religión crea un partido, y por tanto una división en el Estado. Esto entraña un peligro.

PASCAL. No le haré la afrenta de pensar que teme por sí mismo.

DESCARTES. No habría afrenta para mí en que lo usted pensara. Pero mi próxima partida me libra de todo peli-

gro. No vendrán a buscarme a Estocolmo...No, señor, no corro riesgo alguno poniendo mi firma en su carta. Haría allí buena impresión, y no me costaría más que una limosna. Pero jamás he convertido en limosna mi nombre, y al no estar de acuerdo en el fondo con el señor Arnauld, le injuriaría al separar su persona, que respeto, de su religión que repruebo.

PASCAL. Persiguen a un inocente y usted está argumentando. ¿Ha de ganar siempre su razón al latido de su corazón?

DESCARTES. En este caso, sí.
Un tiempo

PASCAL. Entonces no tengo nada más que añadir. Disculpe, señor, una tentativa...

DESCARTES. *(Cortándolo)* Era completamente digna de usted. *(Pascal se encoge de repente en su sillón, se lleva la mano al pecho y reclina la cabeza hacia atrás. Inquieto, Descartes se levanta y da un paso hacia él)* ¡Señor, señor!..*Pascal hace signos con la mano de que no puede contestarle. Descartes lo observa en silencio. Por fin Pascal abre los ojos.*

PASCAL. Perdóneme.

DESCARTES. ¿Quiere que llame a un médico?

PASCAL Nunca han podido hacer nada por mí. *(Descartes va a cerrar las puertas de las ventanas)* Soy más viejo que usted.

DESCARTES. Parece que tiene frío.

PASCAL. Sólo la fiebre me calienta.

Descartes viene a sentarse al lado de la cabecera de Pascal.

DESCARTES. Si sufre del estómago, le recomiendo una infusión de tabaco en una bebida caliente.

PASCAL. Sí, pero dudo que ese remedio tenga algún efecto sobre esta pertinaz migraña. Sólo me permite descansar algunas horas cada noche.

DESCARTES. Le compadezco.

Un tiempo.

PASCAL. No es necesario: el sufrimiento me une a Jesucristo. Es lo que más amo de mí mismo.
Descartes se levanta y va a encender una vela que hay encima de la chimenea.

DESCARTES. ¿Puedo confesarle que por mi parte prefiero la salud?

PASCAL. Es usted libre de hacerlo.

DESCARTES. ¿No estima usted la salud?

PASCAL. Si se usa bien...

DESCARTES. La mía me ha permitido vivir con la naturaleza y amar con plenitud la vida.

Un tiempo.

PASCAL. Tengo frío.

DESCARTES. ¿Quiere una colcha?

PASCAL. No bastaría. En mi casa tengo incluso pantuflas mojadas en aguardiente para calentarme los pies. Ni siquiera puedo andar con ellas. *(Un tiempo).* Pero olvidemos mi cuerpo. No es un tema de conversación. *(Un tiempo. Señala una espada que hay en un rincón)* ¿Una espada en la alcoba?

DESCARTES. Poco me ha servido.

PASCAL. Sin embargo, ha sido soldado.

DESCARTES. Un soldado espectador, más preocupado de observar el intercambio de golpes, que de entrar yo mismo en batalla.

PASCAL. Me han dicho que, a pesar de todo, se ha batido en duelo en alguna ocasión.

DESCARTES. Hace mucho tiempo. Desarmé a mi adversario y le perdoné la vida con la única condición de que fuera, ya sin su espada, a ver a la dama cuyo amor le había impulsado a batirse. *(Un tiempo).* Escribí un tratado de esgrima al salir del colegio. *(Un tiempo.)*

PASCAL. Algo en mí le envidia.

DESCARTES. Me halaga.

PASCAL. Sí, envidio su despreocupación. Habría que aceptar el pensamiento de la propia muerte. Aún no estoy preparado para ello. Si mi alma no temblara, mi cuerpo estaría menos enfermo.

DESCARTES. ¿Y si usted amara un poco más a su cuerpo..., si fuera con él menos severo? Quizá entonces su alma...

PASCAL. No tengo ningún deseo de interesarme por mi cuerpo.

DESCARTES. Entonces nada he dicho. *(Un tiempo)* Su religión es terrible, señor.

PASCAL. Exigente con aquellos que la practican, sí

lo reconozco. Pero éstos son los más inocentes, las mejores personas del mundo. Rezan, estudian, hacen el bien. ¿Por qué disgusta esto tanto al poder, hasta el punto de desatar su cólera contra ellos?

DESCARTES. Quizá existan razones.

PASCAL. Si las hay contra Port-Royal, son los jesuitas los que las inspiran, y sabemos de lo que es capaz un jesuita. Escribiré sobre ello. Seré quizá el único que lo haga, pero lo haré, puede estar seguro.

DESCARTES. Y nos brindará con ello una bella obra, sin duda. No tarde en comenzarla. Probablemente servirá a los intereses de sus amigos. *(Un tiempo)* Ayer me paseaba por el Pont-Neuf —creo haberle hablado ya sobre cuánto me gusta vagabundear— cuando se me acercó un pobre hombre a pedirme limosna. Tardé en reconocerlo debido a su aspecto miserable. Y sin embargo, señor, (hace de eso algunos años), este hombre me salvó la vida. Viajaba ese invierno —un duro invierno— por el norte de Francia, por Picardia, cuando una noche a la salida de un pequeño bosque, mi caballo cayó debido al hielo, y una de mis piernas quedó atrapada debajo de él. Quedé aturdido por la caída y tan débil que creí morir de frío sin poder llamar a nadie. Luego perdí el conocimiento. Cuando volví en mí, me hallaba en una choza, tendido sobre un jergón, y el hombre que me había salvado me contemplaba con una sonrisa, al resplandor del fuego que había encendido. Yo tenía mucha fiebre y presté poca atención a lo que me fue diciendo hasta el alba. Un gran hablador y un espíritu sencillo que mientras me cuidaba se propuso seriamente explicarme los misterios de la Trinidad, de la naturaleza humana, de Jesús, y de no sé cuantas cosas más. Ah, sí, me acuerdo: pretendía saber la composición de la leche de la Virgen. *(Pascal se levanta bruscamente y contempla a Descartes fijamente)* No es necesario que os diga que no concedí importancia alguna a su parloteo. Sin embargo, jamás olvidé la bondad de este hombre, ni el celo con que cuidó de mí esa noche de invierno.

PASCAL. *(resoplando)* El hermano Saint-Ange...

DESCARTES. Sí, lo conoce, creo. El hermano Saint-Ange, un capuchino, cuyo nombre verdadero es Jacques Forton.

PASCAL. ¿Le ha contado...?

DESCARTES. Me ha dicho que hace algunos meses, un joven muy piadoso había ido a verle para que le hablara de su particular explicación de los misterios. Después de lo cual, el joven lo denunció por herejía, a través de una carta enviada al arzobispo de Rouen. Entonces se vio obligado a despojarse de su hábito y huir lejos de la provincia en la que ocupaba su vida ayudando a los

pobres. Y es así como se convirtió en un pordiosero de Pont-Neuf, donde lo encontré.

Un tiempo.

PASCAL. (*Bajo*). Jamás deseé tal resultado.

DESCARTES. Y sin embargo fue usted quien lo denunció.

PASCAL. ¿Podía ser aceptable que fuera por esos campos difundiendo....?

DESCARTES. Vamos, señor, las buenas gentes a las que asistía conocían de sobra sus historias. Quizá sea usted el único que se ha tomado en serio sus manías. Pero en cambio ejercía la caridad, la misma que pide ahora él. Dudo que en este asunto haya salido ganando la religión.

PASCAL. Un capuchino es un hombre de Dios. El hermano Saint-Ange inspiraba por su hábito una cierta autoridad sobre las almas. Y era responsable de ello.

DESCARTES. Ante el cielo.

PASCAL. Y ante la religión.

DESCARTES. No creo que la pusiera en un gran peligro.

PASCAL. No es posible aproximarse a los misterios e intentar explicarlos.

DESCARTES. Una cosa era lo que decía —que a nadie importaba—, y otra su bondad, su alegría, su inocencia, que tanto bien proporcionaban a muchos. Ahora me he topado con un hombre amargado que no comprende que el cielo lo haya abandonado. ¿Qué le podía decir? (*Un Tiempo*). No creo que haya obrado bien, señor.

Pascal vuelve a sentarse lentamente.

PASCAL. Ya no lo sé. Creía estar en lo cierto, pero ahora no lo sé. Quizá la verdad de Dios no era la mía en este asunto.

DESCARTES. ¿Ha actuado solo?

PASCAL. Sí..., en fin, no. Algunos amigos me animaron. Pensaban lo mismo que yo sobre los misterios, y sobre el respeto que les debe todo cristiano. Hemos actuado de común acuerdo.

DESCARTES. ¿Son sin duda los mismos amigos a los que debe el haber hallado a Dios según esa nueva vía?

PASCAL. Sí señor, esos amigos son, en efecto, los adeptos de Jansenio, obispo de Yprés. ¿No era eso lo que quería oírme decir?

Un tiempo

DESCARTES. En fin, creo que sus amigos jamás podrán ser los míos.

PASCAL. Lo cierto es que no es el único en rechazarlos. Tiene con usted al poder, a la Sorbona, a la Compañía de Jesús. Son aliados poderosos, y apostaría a que pronto la tormenta estallará en el valle de Port-Royal.

DESCARTES. No crea que me alegro. No es mi estilo estar contento viendo a la gente sufrir por sus convicciones. Cada uno debería poder pensar a su aire y decir lo que piensa, a su modo y sin necesidad de temblar.

PASCAL. Los Jansenistas no necesitan esa limosna.

DESCARTES. ¿Una limosna?

PASCAL. No quieren deber su vida a esa especie de arreglo que predica, sino a la verdad, a la verdad divina.

DESCARTES. ¿Por casualidad no es usted el que la detenta?

PASCAL. Está en las *Santas Escrituras*. Me ha bastado con buscarla allí.

DESCARTES. En las *Escrituras* se encuentra lo que se quiere.

PASCAL. ¿Quiere usted decir que mi deseo ha puesto lo que allí no había? ¿Es eso lo que piensa?

DESCARTES. Yo no he dicho eso.

PASCAL. Lo ha dicho sin decirlo.

DESCARTES. No se exalte, señor, y admita que el poder…

PASCAL. ¿Así que en este asunto se alinea con él?

DESCARTES. No dudo ni un instante que esos señores de Port-Royal sean los mejores y los más aptos para proponer una posición en el Estado. ¿Pero qué es lo que hacen? Con el pretexto de que el mundo es básicamente malvado, incorregible, se retiran al desierto con el fin de respirar un aire menos corrupto…, y de protegerse de las tentaciones, entre personas santas.

PASCAL. Con el fin de labrar allí su salvación.

DESCARTES. Sí, eso es lo que decía. ¿Piensa que el Príncipe podrá soportar durante mucho tiempo que los hombres con los que contaba se aparten así de los empleos a los que él quería elevarlos, para que trabajaran por la prosperidad y la grandeza del reino?

PASCAL. ¿Es el rey el que hace aceptable esta vida? ¿Su poder es capaz de librarnos de la muerte, del mal, del castigo? Por muy bueno que sea un príncipe, su reino pertenece a la Caída, y no sería una locura procurarnos una razón sobre esta tierra.

DESCARTES. Sin embargo hemos de vivir en ella, y lo mejor que podamos.

PASCAL. Sí; durante el tiempo en que nos preparamos para la verdadera vida que nos espera más allá de las ilusiones y las desventuras de las que estamos cautivos.

Un tiempo

DESCARTES. Da la impresión de que, para usted, dar a la creación es quitar al creador.

PASCAL. Nos hizo para él, y sin él, nada podemos.

DESCARTES. Podríamos no odiarnos tanto como a usted le gustaría que hiciéramos. Si hemos de amar, me parece que hay que quererse un poco a sí mismo. Y usted no cesa de combatirse y de escupirse en el rostro.

PASCAL. En mí sólo a Cristo amo.

DESCARTES. Lo ama al tiempo que se desgarra, inmolando su razón y su libertad. Sólo lo ama dándose miedo a sí mismo. Extraño amor.

PASCAL *(bajo)* No puedo hacerme a la condición humana.

DESCARTES. Sí, ahí está el problema: usted no consiente.

PASCAL. Si no tuviera esperanza...*(Un Tiempo)*. ¡Cuando uno se ha visto durante muchas noches convertido en su propio cadáver¡ ¡Cuando ha respirado su propio hedor¡ ¡Cuando ha tocado su barro!

DESCARTES. Vamos, señor, deje de regodearse en su propio entierro. No se puede pasar todo el tiempo describiéndose uno su debilidad y gimiendo sobre su retrato. Aunque no lo crea, yo no soy más fuerte que usted; pero ya me cuidaré de ofrecerle mi espíritu como ejemplo. Pues bien, señor, yo soy prudente, y cuando digo prudente... ¿Sabe que trabajé tres años en una obra en la que apoyaba la opinión de Copérnico acerca del movimiento de la tierra alrededor del Sol? Así, cuando supe la condena de Galileo por haber sostenido la misma tesis, renuncié a publicar mi libro. Y sin embargo, estoy tan seguro como él de que la tierra gira alrededor del Sol. Pero he preferido callar una verdad que podía convertirse en una fuente de problemas.

PASCAL. No sabía que le preocupaba tanto estar de acuerdo con la Iglesia.

DESCARTES. Es poderosa y suspicaz..., y yo no me levanto tan valiente todos los días.

PASCAL. Esa franqueza le honra.

Un Tiempo.

DESCARTES. *(levantándose, imitado por Pascal)* Nos queda poco tiempo. Me dispongo a partir y sería decepcionante que nos despidiéramos sin habernos dicho nada. Habría, creo, algo mejor que hacer. *(Descartes invita a Pascal a volver a sentarse, luego se dirige a la chimenea de donde toma un atado de hojas que deposita en la mesa)* De entre todos los hombres de nuestra época, si alguien puede llevar a buen término lo que yo comencé, ese es usted y sólo usted. Sé muy bien la poca estima que tiene por su propia inteligencia y con cuánto ensañamiento intenta rebajarla. Y sin embargo es a su inteligencia a la que apelo. Puede superar a la mía y conducirle hacia donde, sin duda, yo no tengo el tiempo de llegar. *(Un tiempo)* No me basta con creer: necesito saber. ¿Supone esto un pecado para usted?
Un tiempo

PASCAL. *(bajo y en un tono patético)*. Señor, vivo en una terrible ignorancia, y la parte de mí que piensa lo que digo, no se conoce mucho más que el resto. Sólo veo infinitos que me encierran como un átomo, y de mí sólo sé decir que soy una sombra sin retorno y de corta duración.

DESCARTES. Un hombre de su valor, de su calidad, no debería abandonar su genio para dedicarse en exclusiva a su pavor. Sin ir más lejos: a veces, mientras le escuchaba, me he preguntado si no habría un sistema en su desolación, y le vería gustoso, desde que entra en la filosofía, frotarse las manos mientras vuelve de nuevo a sus gemidos.

PASCAL. *(levantándose)* Si me ve de esta forma quiere decir que no he conseguido que me conozca. Pero mi talento tiene un límite: no puedo llevarlo más lejos. *(Un tiempo)* No nos pertenecemos y no somos de aquí.

DESCARTES. Nuestra inteligencia nos pertenece. La hemos recibido de la creación para dirigirla. Por última vez apelo al poder de su mente. Empléelo. Aplíquelo a las ciencias en lugar de atacarlo.

PASCAL. Jamás me ofreció otra cosa que entrever el fondo de mi ignorancia.

DESCARTES. Y sin embargo sabe que el universo está en función de la medida y del número. Espacio y tiempo relacionados..., sí, relacionados con el movimiento. Y se puede calcular el movimiento.

PASCAL. Se puede.

DESCARTES. ¿Aceptaría trabajar a partir de esta certeza?

PASCAL. ¿Y qué conseguiría? ¿Una ecuación? No me haga reír.

DESCARTES. Sí, una ecuación, en efecto. Una ecuación que vendría a esclarecer, basándose en ella, todas las leyes del universo. ¿Le parece poco?

PASCAL. Ese todo al que aspiro se encuentra más allá de las matemáticas. Se hace tarde. Le he hecho perder mucho tiempo y le he decepcionado. Perdóneme. Ya no consigo entender el lenguaje de los números y necesito una respuesta.

DESCARTES. Sobre todo necesita buscarla, y buscarla gimiendo.

PASCAL. A donde yo voy, se va con el sufrimiento.

DESCARTES. Yo prefiero encontrar algo con alegría, o al menos intentarlo. *(Descartes va hacia Pascal y le estrecha la mano)*. Adiós, señor. Nada podemos darnos, pero nunca le olvidaré.

PASCAL. Quizá volvamos a vernos.

DESCARTES. Aquí, lo dudo. Y junto a la reina de las nieves hace mucho frío.

Después de una vacilación, sale Pascal. Un tiempo. Descartes eleva lentamente la vela a la altura del rostro y la apaga.

TELÓN